



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS



100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂ por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros por kilo de papel.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería con una de las flotas eléctricas más importantes de España (no es perfecto, lo sabemos, pero supone un primer ahorro de emisiones). Además, el 100 % del personal es contratado y cobra un sueldo fijo, no por entregas (algo fundamental para garantizar formas de conducción más seguras para los trabajadores y más sostenibles para el planeta).



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

UNA NUEVA ÉPOCA

IDA JESSEN

TRADUCCIÓN DE BLANCA ORTIZ OSTALÉ



errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2025

TÍTULO ORIGINAL: *En ny tid*



© Ida Jessen, 2015

First Published by Gyldendal, Denmark.

Published by agreement with Nordin Ringhof Agency ApS,
Copenhagen, Denmark

© de la traducción, Blanca Ortiz Ostalé, 2025

© Errata naturae editores, 2025

C/ Sebastián Elcano 32, oficina 25
28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-19158-90-1

DEPÓSITO LEGAL: M-28365-2024

CÓDIGO IBIC: FA

MAQUETACIÓN: N. Moreno

IMAGEN DE PORTADA: *Pilea*, © Bache

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Diario de L. Høy
Maestra de escuela

3 de enero de 1904

Ya estoy en camino. Con el equipaje listo. Y sin tiempo siquiera para escribir estas líneas. Luego sigo.

19 de mayo de 1905

Ayer vino...

8 de octubre de 1927, Thyregod

Han recogido tanto la casa estos últimos días que se me ha ocurrido que a lo mejor yo también tenía algo que quitar de en medio, algo que esconder. Pero ¿qué? Y ¿de quién? Aun así, he ido al piso de arriba y, en el armario del cuartito, al fondo de una vieja caja de municiones, he encontrado este diario. No lo recuerdo en absoluto.

Hace un tiempo muy extraño para octubre. Doce grados, marca el termómetro, y el aire es sereno, húmedo. Se oye el tren con claridad.

En la misma caja había un quinqué de petróleo con pie de latón. De él, en cambio, sí me acuerdo, y me he llevado una alegría al verlo. Estaba negro como el carbón. Le he devuelto el lustre y lo he colocado delante de la ventana que da al jardín. Al principio iba a ponerlo en la que mira hacia la calle, pero he cambiado de idea. Una luz con un toque de misterio. Una amiga secreta. Así, al menos, hay algo que ocultar.

Ahora está encendido.

Es de noche.

9 de octubre

Reina una quietud extraña. No me lo explico. Tal vez esté relacionada con el quinqué, con su tulipa lechosa y redondeada, una luna llena sostenida por una mano invisible en la salita. De nuevo el ruido del tren, desde Kokborg nada menos, diez minutos de temblores y luego el paso prolongado hacia la estación, el silbato, las puertas cerrándose. El día ha sido húmedo y apacible. Incluso ahora, que ha oscurecido, el aire está gris de agua. Pero no llueve.

He tenido visitas. Me gusta que vengan y también me gusta que se marchen. Se traen bizcochos de casa para no darme molestias y, al saber que Line hoy libraba, se han ofrecido a preparar el café. La mujer de Schnedler, el carnicero, se ha presentado con una lengua hervida, y al volver de un paseo por la tarde me he encontrado una docena de huevos en los peldaños del umbral.

Me miro la mano y pienso con severidad que tiene que levantarse y coger la taza mientras el té esté caliente. Sin embargo, no quiere, se niega.

He arreglado el cuartito porque mi intención era dormir en él. Las dos camas de la alcoba me dan frío. Tienen unos cabeceros altos y rectos de caoba que me traen a la cabeza las tradiciones nupciales de la India, donde dicen que a la viuda la queman en una pira con el marido difunto.

He encendido el fuego. Para que resulte un poco más acogedor.

Nunca lo usamos. Las cortinas no son más que una pequeña tira plisada en la parte superior. En el alféizar de la ventana había varias moscardas cubiertas de polvo, de esas que se arrastran dando zumbidos mientras mueren lentamente y, cuando crees que ya está, vuelven a morir. Las he recogido con un periódico y lo he tirado al carbón. Además, he limpiado los cristales, he ventilado y he fregado el suelo. El felpudo lo he bajado al jardín, mojado por la lluvia, y lo he dejado colgado de un arbusto. Ahora está todo limpio y aireado y huele bien, pero no me apetece subir. Es un cuarto extraño. Con un olor acre a jabón.

Creo que me quedaré otro rato aquí sentada.

10 de octubre

Esta singular pesadez, este extraño sosiego, llega con la noche, cuando las casas se cierran sobre sí mismas y la gente se acuesta. Ya he empezado a esperarla, a deseirla. No hace falta gran cosa. Que esté sola y que oscurezca. Que encienda la lámpara. Que mire la lámpara. No pienso en el día. Pero no es cierto. Aunque yo no sea más que un montón de grasa sólida, en algún punto de dentro, muy adentro, palpita un flujo de sangre.

El día es un aullido. No aguanto en casa. Deambulo envuelta en toquillas, el frío se me cuele por las muñecas. ¡Tengo las manos azules! He subido a la estación y me he montado en el tren. Haldbo, el jefe de estación, me ha echado una mano diciendo: «Hay que conservar la esperanza, conservar la esperanza y rogarle a Dios». Me ha ayudado a llegar hasta mi asiento antes de dar la salida. La gentileza de los demás es lo que me nutre y también lo que me agota. ¿Por qué no basta? Tengo más que muchos otros.

Mi casa está en la colina. Es grande y roja, con un tejado de tejas y un ribete blanco. Iversen, el albañil, la construyó hace ocho años. Entre la casa y la estación se extienden los campos de Vestergård, salpicados de boñigas y toperas. Ahora mismo las vacas están encerradas. Y en el valle de debajo empieza la ciudad: la zapatería de Johannes, la lechería, el economato, la gran tienda roja de Hansen y la de Rosenstand, algo más pequeña. Borbergade se alarga cada día más. Cuando llegué hace veinte años era una calle sin prácticamente nada. ¿Cómo es posible que la ciudad crezca sin parar? Es un dato que preocupa a la Asociación de Artesanos. ¿Cómo estará todo esto dentro de cincuenta años? ¿Y dentro de cien?

He cogido el tren a Give a las 11:32 y ha tardado muy poco; a los tres cuartos de hora estaba ya en el hospital.

—No está despierto —ha anunciado la enfermera—, pero pase y siéntese. Seguro que tiene hambre, ¿verdad? Le traigo algo enseguida.

—Gracias —he contestado—, he comido en casa antes de salir.

Se me ha quedado mirando y ha replicado:

—La comida es importante, no lo olvide.

Me he sentado en una silla al lado de la cama y he apoyado una mano en la suya, encima del edredón. La tenía helada. Las uñas curvas, tan bonitas antes, se

le han puesto amarillentas, y las yemas de los dedos se le están quedando lisas. Ya no podría dejar huellas dactilares, sus rasgos se están retirando. Lo mismo sucede con los ojos, caídos y con los párpados cerrados. La boca y las mejillas se le han hundido. La blanda grasa se ha ido, y Dios sabe que no había demasiada de antemano.

Le he metido la mano bajo el edredón. Al cabo de un rato, la he sacado de nuevo para calentársela y la he mantenido entre las mías, también gélidas. He envuelto nuestras manos en el chal.

Es tarde. Me he quedado un momento detenida en el umbral. Han apagado las farolas y la lámpara de la fachada de la estación. Es como si ya no hubiera calles ni casas ni gente ni perros. Ni campos arados ni gallineros ni cobertizos. Como si el páramo hubiera regresado. Como si no hubiéramos estado aquí jamás.